

romanos, que en Plinio se nombra *Singulis* y en el cronicon de Idacio *Singilio*; rio antiguamente navagable desde que llegaba á Écija, y famoso, entre otros acontecimientos, por la batalla que tuvo allí el rey Rechila contra Andevoto; el *Silicense* (hoy *Corbones*), de que se acordó Hircio (1), y cuya direccion equivocó distraido el laborioso Rodrigo Caro (2); y el Guadaira que desaparece todos los años durante los calores caniculares. El Guadalete, mencionado por Avieno bajo el nombre de *Chryso* (3), corre desde la sierra de Ronda á la bahía de Cádiz en direccion casi paralela á la del Guadalquivir. Engruesan su caudal, despues de formado en las pintorescas asperezas de Grazalema, Olvera y Algodonales, varios arroyos y ramales, entre los que figura como principal tributario el Majaceite; individuo de su propia familia, que, debiendo su nacimiento á la misma sierra, no pudiendo incorporarse con él de niño por causa de la barrera de Grazalema, le sale al camino ya mozo y robusto, atravesando sierras, dehesas y campiñas. Dividia este

y del gran lago que á poca distancia de la costa formaba, dán irrefragable testimonio Mela (lib. 3, cap. I) y Avieno (*Ora marit.*). El versificador geógrafo aplica al mencionado lago el nombre de *Ligústico*:

Sed Insulam

Tartessus amnis ex LIGUSTICO lacu

Per aperta fusus undique ablapsu ligat.

V. 283.

Y en cuanto á su posicion, para que haya existido cerca del mar, formando despues dos bocas de desagüe (*non longe à mari grandem LACUM facit, quasi ex uno fonte geminus exoritur*, dice Mela), es forzoso que la tuviese donde vemos hoy las dos islas, MAYOR y MENOR, y donde todavia se ven grandes charcas ó estanques, algunos de dos leguas, que los naturales llaman *lucios*, indicando claramente haber cegado las arenas la gran laguna antigua, como cegó una de las dos bocas ó brazos por los cuales entraba en el mar el Guadalquivir.

(1) *De bello alex.*, cap. 57.

(2) Suponiendo que desagua en el Genil.

(3)

Hic CHYRSUS amnes intrat altum gurgitem:

ultra citraque quatuor gentes colunt.

Nam sunt feroces hoc loci LIBYPHENICES,

sunt MASSIENI, regna SELBISSINA, sunt

feracis agri et divitis TARTESSII, etc.

Avieno. *Ora marit.*, vers. 449 y siguientes.

Quieren algunos que este rio se llamase por los griegos *Lethe* ó *Letheo* (rio del *Olvido*), como el famoso de Creta, suponiendo hallarse situados en sus orillas los Campos Eliseos, morada de las almas de los justos despues de la muerte. Decíase que al entrar en la otra vida bebían sus aguas y olvidaban todos los sucesos pasados. Tambien se cree que los griegos le dieron aquel nombre, dice el P. Murillo Velarde (*Geografia Histórica*), «por el olvido que se puso entre Tartesios y Cartagineses con notables ceremonias, junto á este rio, por las pasadas guerras y discordias.»

rio, segun nos refiere el citado poeta geógrafo, á cuatro clases de gentes ó tribus, conocidas con los nombres de *Libyfenices*, *Masienos*, *Selbysinos* y *Tartesios*; todos al parecer de la raza de los Turdetanos, lo mismo que otra multitud de tribus en que estaba subdividida y fraccionada la gran familia Ibérica por la conformacion material del territorio. Y es de advertir que no solo variaban los nombres de las gentes ó tribus de una misma raza por las comarcas ó regiones en que se hallaban establecidas, sino á veces por la mera forma, ya púnica, ya griega, ya latina, de la nomenclatura adoptada por los antiguos cosmógrafos é historiadores. Así, por ejemplo, su posicion geográfica occidental hizo extensivo el nombre de *Tartesios* á todos los pueblos de la costa desde el Bétis hasta el Estrecho: la forma de la nomenclatura hizo de los Turdetanos dos tribus diferentes, *Turdetanos* propiamente dichos en lengua púnica, y *Túrdulos* en lengua latina; y sin embargo Tartesios, Túrdulos y Turdetanos eran todos una gente misma, sin mas diferencia que llamar Túrdulos ó Turdetanos á los pobladores de toda la tierra comprendida en las que son hoy provincias de Córdoba, Sevilla y Cádiz, y Tartesios á aquella parte de los mismos que poblaban la marina, por caer al occidente del mundo antiguo, segun aquella espresion de Ovidio (15, *metamorph.*):

Presserat occiduus Tartesia litora Phæbus.

Allí suponian los poetas que el sol desenganchaba los caballos de su carro. Por la propia razon que los árabes llamaron á la tierra del Guadiana *Al-gharb*, espresando el mismo concepto geográfico, denominaron los antiguos pueblos de oriente Tarteso, Tartesis ó Tartésida, á la region de la costa bética, objeto codiciado de sus expediciones marítimas; y no por otra causa dieron tambien igual nombre á su principal rio, sin curarse del que hubieran podido aplicarle los habitantes aborígenes. — Son ociosas, pues, muchas reñidas controversias en que fatigaron tantas ingeniosas y eruditas plumas acerca de la diversidad de ciertas antiguas razas de la Bética y de algunas contradicciones que parecen notarse entre los cosmógrafos griegos y latinos, los cuales, séame lícito sospecharlo, no tenian todos obligacion de saber el significado de las voces de origen celta, fenicio, púnico, etc.

Tarteso, dice un viajero moderno (1) citando al sabio orientalista

(1) Ford, *Hand book for travellers in Spain*. SECCION II, ANDALUCÍA.

Betham, y siguiendo la opinion de otros eruditos de gran nota (1), es el *Tharsis* de la Biblia, palabra equivalente á la *ultima terræ* de los escritores clásicos; region adonde queria dirigirse Jonás huyendo del servicio del Señor (2). «Tharsis, añade — ó bien Tarteso, en la geografía incierta de los antiguos, á quienes de propósito engañaron los suspicaces y recelosos Fenicios, propagandistas del libre tráfico, — fué por largo tiempo una voz vaga y genérica, semejante á la de nuestras Indias. Fué nombre que aplicaron indistintamente, ya á una region entera, ya á una ciudad, ya á un rio, los autores que escribieron para Roma, que sin embargo de andar tan á ciegas como los demás, quisieron servirles de lazarillos. Mas cuando los Romanos, despues de subyugada Cartago, lograron la posesion esclusiva é incontrastada de la Península, estas dificultades desaparecieron, porque la region meridional de España recibió el nombre de Bética, del rio Bétis, que fertiliza sus mas preciosas comarcas.»

Dejemos, empero, subsistir el nombre de Tarteso ó Tharsis que tanta dicha y prosperidad revela en los documentos de la antigüedad sagrada y profana, y veamos de fijar claramente la posicion de la tierra afortunada que juzgó digno paraíso para los justos el padre de la poesía. Ya hemos indicado que esta denominacion se hizo estensiva á toda la region del sudoeste de Andalucía desde el Guadalquivir al Estrecho; pero es indudable que una de sus comarcas principalmente fué la que mereció de la clásica antigüedad los poéticos encomios que hoy con tanta frecuencia se complace en recordar nuestra pluma. Hubo en efecto una isla, una ciudad, un rio, que llevaron propia y particularmente el nombre de Tarteso: y esa isla fué la que antiguamente formaban las dos bocas del Bétis saliendo del gran lago Ligústico para desagüar en la mar (3);

(1) V. los autores que cita Rodrigo Caro á este propósito (*Antigüedades de Sevilla*, lib. I, cap. 7); Samuel Bochart, *Geografía Sagrada: Phaleg. lib. III, cap. 7*; Huet en su *Comentario de las navegaciones de Salomon* (incorporado en el tomo 7 del *Nuevo tesoro de las antigüedades sagradas* de Ugolino), cap. 2 y 3; Florez, *Esp. Sagr. Trat. 28, cap. I*; Murillo y Velarde, *Geografía histórica, cap. XII*.

(2) Profecía de Jonás, cap. I, v. 3.

Bochart en el pasaje citado en la nota anterior explica así la corrupcion de *Tharsis* en *Tarteso*: de la voz *Tarsis* sacaron los Fenicios las de *Tarseio* y *Tarseitas*, de que fácilmente pudo provenir *Tarteso* duplicando por pleonasmó la primera letra ó mudando la s en r, como cuando se lee *Aturia* por *Asyria*.

(3) *Cum autem Bætis duobus ostiis in mare exeat; ajunt olim in medio horum urbem fuisse habitatam Tartessum, fluvio cognominem, REGIONEMQUE APPELLATAM FUISSE TARTESIDEM, quam nunc Turduli incolunt.* Estrab. pág. 148. Avieno, *Ora maritima*, v. 283.

y esa ciudad existió en aquella misma isla (1); y ese rio no fué otro que el mismo Bétis (2).

La estension de la costa marítima de esta isla se sabe asimismo por Estrabon, sin cuyo auxilio era imposible determinarla, no existiendo hoy mas que un solo desembocadero del Guadalquivir. Fijala el geógrafo griego en unos cien estadios (3), y puesto que desde su tiempo la configuración de la costa no puede haberse alterado, atendida la identidad que entre su situacion antigua y la actual conservan Sanlúcar de Barrameda y la punta de Chipiona (4), se puede con todo fundamento asegurar que la segunda boca ó brazo del Bétis que formaba el límite oriental de la isla de Tarteso, es el barranco llamado hoy la *madre vieja*, que baja por entre Asta y Trebujena y sale á la costa por encima de la villa de Rota.

Aquella era la afortunada *isla Erytrea*, llamada tambien *Aphrodisia*, é *isla de Juno*, que formaba el reino de Gerion, donde pastaban sus numerosos rebaños, «nacidos en los antros de las rocas cabe las aguas inagotables del Tarteso, cuya madre es pura plata (5):» aquella la deleitosa region de la Iberia meridional tan celebrada por Homero, Estesicoro y Anacreonté; aquel el pais maravilloso donde se consumó el reinado de 150 años de Argantonio, cuya felicidad ponderan Ciceron, Apiano y Plinio; aquel el foco ensalzado de la civilizacion y de las virtudes turdetanas, en cuyos mágicos relatos invierte tantas páginas el erudito Florian de Ocampo guiado por los visionarios Herodoto y Anio de Viterbo; aquella la tierra de bienandanza y de longevidad sobrehu-

(1) Estrab., loc. cit.; *Tartessus urbs Iberiæ, à fluvio*, dice Estephano, significando claramente hallarse dicha ciudad inmediata al rio; sin cuya circunstancia cesaba la razon de tomar de él el nombre. Esto no obsta para que por estension se haya aplicado despues el mismo nombre de Tarteso á otras ciudades: así lo llevó Cádiz segun testifica Avieno, dando al propio tiempo la significacion púnica del nombre de Cádiz:

*Nam punicorum lingua CONCEPTUM LOCUM
GADIR vocabat: ipsa TARTESSUS prius
cognominata est. V. 268.*

Así tambien lo llevó Carteya, á la cual, aunque sita en el Estrecho mismo, lejos de la ciudad primitiva, se le dieron despues de destruida ésta, por ser el puerto donde mas perseveró su trato y comercio.

(2) *Videntur autem veteres Bætım appellasse Tartessum*, dice Estrab. (pág. 148) citando á Estesicoro.

(3) Unas tres leguas y cuarto de las antiguas de España.

(4) *Fanum Luciferi y Turris Cepionis* en la geografia de la España romana.

(5) Estesicoro, cit. por Estrab. (lib. I, cap. 4 — lib. III, cap. 2).

mana que escédian á las mismas aspiraciones del gran lírico de Jonia cuando cantaba :

Non cornu Amaltheæ mi,
non posco quinquaginta
centumque regnare annos,
Tartessiis beatis.

Ahora bien, si los orientalistas que nos lisonjean se engañan en sus interpretaciones; si lo que algunos entusiastas anticuarios refieren de la célebre isla Erytrea ó Tartésida es exagerado y medio fabuloso; si Homero no se acordó de semejante comarca al describir sus Campos Eliseos; si la región de Tarsis que nombran el rey Salmista (1) y el libro tercero de los Reyes, en que se dice que la flota de Salomon iba allí con la flota de Hiram una vez cada tres años para traer oro, plata, colmillos de elefante, monas y pavos reales, es la misma región de Ophir de donde habia sacado ya otras veces oro para el rey de Israel el rey de Fenicia (2), ó algun otro país del mar de la India; si finalmente el Tharsis hijo de Javan y nieto de Japhet, que segun los estritores cristianos de los primitivos siglos fué el primer poblador de España, no representa un nombre figurado alusivo al confin occidental del mundo conocido de los antiguos, y si un verdadero nombre propio independiente de toda significacion de localidad, y además las *islas de las naciones* que los hijos y nietos de Japhet se repartieron, no son, como entienden muchos sabios espositores, las regiones del occidente, como

(1)

*Reges Tarsis et insulæ munera offerent;
reges Arabum et Sabæ dona adducent.*

(2) «*Classis regis per mare cum classe Hiram, dice el sagrado texto, semel per tres annos ibat in THARSIS, deferens inde aurum, et argentum, et dentes elephantorum, et simias, et pavos.*» (Reg., lib. III, cap. X, v. 22.) Pero ya en el v. 14 del mismo cap. y al fin del cap. anterior habia espresado que los mareantes y prácticos de Hiram navegaron antes á Ophir, habiéndose equipado la flota en Asiongaber, sobre la costa del mar Rojo, en la Idumea. Esto, sin embargo, no escluye la posibilidad de que navegasen luego á occidente, cuyos mares conocian los Fenicios mejor que ninguna otra gente.

Además es muy digna de tenerse en cuenta una observacion que el sagaz autor del *Espíritu de las leyes* dejó consignada (lib. XXI, cap. VI) relativamente al comercio de los antiguos: «las naciones cercanas al mar Rojo, dice, solo hacian su comercio en este mar y en el de África, y es prueba de ello el asombro que produjo en el universo el descubrimiento del mar de la India en tiempo de Alejandro. Hemos advertido ya que lejos de sacarse de las Indias metales preciosos, todos los pueblos que han traficado en ellos se los han llevado en cambio de sus mercancías; así que tenemos por seguro que las flotas de los judíos, en caso de traer por el mar Rojo oro y plata, lo sacaban del Africa, no de la India.»

Grecia, Italia, España y Francia (1); siempre al menos subsistirá la tradición de haber sido la tierra fecundada por el Bétis y bañada por el mar una nación feliz, próspera, floreciente, mas civilizada que otra alguna en los tiempos ante-históricos, siquiera sean meras ficciones apoyadas en la confusa idea de aquella felicidad perdida todos los pormenores relativos á las excelencias de la cultura turdetana y á la gobernación de los antiguos reyes de Iberia.

¿Existió la civilización turdetana que algunos de nuestros historiadores suponen anterior á las inmigraciones egipciaca y fenicia? En otros términos; aquella gran cultura que tanto ensalzaron Polibio, Estrabon y Estephano de Bizancio, ¿fué enseñada á los llamados aborígenes de la Bética por sus primeros invasores y supuestos maestros de la costa del Mediterráneo, ó era realmente hija de la primitiva ciencia caldea á que parecen referirse las tradiciones que hacen á Tubal, á Társis, á Beto, padres de la civilización de España? Ciertamente el cuadro que el célebre Salignac tomó de Adamo, escritor griego, que inspirándose de un pasaje de la Odisea de Homero, pintó las virtudes y felicidad de los antiguos moradores de la tierra de Társis, no parece sugerido por una cultura vaciada en los usos y costumbres de los ostentosos Egipcios, ni de los astutos, codiciosos y traidores Fenicios. Al contrario, respira en él todo el encanto de una constitución social basada en la sencilla y feliz observancia de la ley natural y de los instintos del corazón en su original pureza. Nada es comparable á la serenidad y bienandanza de una vida como la que el referido autor describe. «El río Bétis, dice, corre por un país fértil y bajo, de apacible clima, cuyo cielo está siempre sereno. Ha tomado el país nombre del río, que desemboca en el Océano, harto cercano de las columnas de Hércules, y de aquella parte donde el mar furioso, rompiendo sus orillas, separó en lo pasado la tierra de Társis de la grande África.

»Parece que conserva aquel país las delicias del siglo de oro: los inviernos allí son templados y nunca soplan los desaforados aquilones; el ardor del estío se modera con los frescos céfiros, que hácia la hora

(1) Anotando el erudito Amat el v. 5, cap. X del Génesis que habla de la descendencia de Noé y propagación del linaje humano: *ab his divisæ sunt INSULÆ GENTIUM, etc.*, manifiesta que teniendo los Hebreos poco conocimiento de las tierras occidentales, de las cuales los separaba el Mediterráneo, designaban con el nombre de ISLAS las regiones de Europa, y con el de ORIENTE las tierras orientales, de las cuales tenían mas noticia que de las ultramarinas.

de mediodía vienen á renovar el ambiente; así que todo el año es como un maridage de primavera y otoño que se dán continuamente la mano. La tierra en los collados y llanuras produce todo el año duplicada cosecha. Las montañas están cubiertas de ganados que rinden lana finísima, buscada de todos los pueblos que se conocen. Hay en aquella tierra ricas minas de plata y oro; pero los naturales, sencillos y felices con su simplicidad, ni siquiera las cuentan entre sus riquezas. No aprecian sino lo que verdaderamente sirve á las urgencias humanas. Cuando empezamos nuestro comercio con aquellos pueblos, encontramos en ellos empleado el oro y la plata en los mismos usos que el hierro, como sería si se aplicasen á los arados para romper la tierra. Como no tenían ningun comercio fuera del pais propio, tampoco necesitaban moneda. Casi todos se ocupaban en cultivar la tierra ó en acrecentar sus rebaños. Véanse allí no muchos artesanos, porque no permiten sino las artes que sirven á lo que precisamente han menester los hombres. A pesar de esto, no dejan de ejercer las industrias necesarias á la vida parca y sencilla. Las mujeres hilan aquella bellissima lana y hacen paños finos de maravillosa blancura; ellas amasan el pan, disponen las viandas, y les es fácil este trabajo, porque no se alimentan sino de fruta y leche, y raras veces de carne. De las pieles de los carneros hacen calzados ligeros para sí mismas, sus maridos y sus hijos. Forman tiendas, algunas de pieles enceradas, otras de cortezas de árboles; lavan sus vestidos, tienen sus casas con aseo y orden maravilloso, y trabajan toda la ropa de la familia. Es el vestido fácil de hacer, porque en un clima tan templado no se lleva sino una ligera tunicela de paño, no cortada al talle, que cada cual se ciñe á su gusto formando pliegues para la decencia. Los hombres no tienen mas artes que el trabajo del hierro y de la madera. Sirvense del hierro y demás metales en los instrumentos necesarios para la agricultura: consideran como invenciones de la soberbia y afeminacion las otras artes estimadas de los Egipcios, Griegos y demás pueblos que se dicen bien gobernados. Cuando se les habla de aquellas gentes que tienen perfumes, deliciosos manjares é instrumentos que halagan el oido, de las artes de labrar magníficos edificios, muebles de oro y plata, paños bordados y piedras preciosas, esclaman: «esas gentes son muy desventuradas empleando tanto trabajo é industria en adulterarse á sí propios. La superfluidad afemina, embriaga y atormenta á los que la tienen; provoca á los que carecen de ella á ad-

quirirla con injusticia y violencia. No puede llamarse un bien á lo sobrado, que para nadie sirve, sino para los malos hombres. ¿ Los de esos paises son por ventura mas robustos que nosotros? ¿ Viven mas años? ¿ Son entre sí mas conformes? ¿ Tienen vida mas quieta, mas libre y agradable? Al contrario, deben ser celosos unos de otros, carcomidos de una vil envidia, inquietos siempre con la ambicion, el miedo y la avaricia, incapaces de aquellos gustos que son sencillos y puros; porque son esclavos de necesidades falsas, de las cuales han hecho que dependa la felicidad de sus vidas.» Así hablan aquellos hombres que no han aprendido otra prudencia sino la que enseña la perfecta naturaleza.

» Tienen horror á nuestra galantería, y es fuerza confesar que la de estos pueblos es muy grande en su candidez. Viven todos juntos sin dividir las tierras, y cada familia se gobierna por su cabeza, que es en ella el verdadero rey que la rige á su voluntad. El padre de familias tiene derecho de castigar á sus hijos y nietos, cuando cometen alguna mala accion; pero antes consulta con el resto de la familia. Casi nunca sucede que se castigue á alguno, porque las costumbres inocentes, la buena fé, la obediencia, el odio al vicio imperan en aquel delicioso pais. No parece sino que Astrea, que dicen se retiró al cielo, vive escondida todavía entre aquellos mortales afortunados. No tienen necesidad de jueces, porque los suplen sus propias conciencias. Son comunes allí los bienes; los frutos de los árboles, las legumbres, la leche, son riquezas tan abundantes, que pueblos tan moderados no han menester partirlas. Es bello el pais sobre todo encarecimiento; las familias, nómades, trasportan sus tiendas de un territorio á otro cuando han consumido el fruto y los pastos del lugar donde antes estaban. De esta suerte no tienen rentas que defender los unos de los otros, y se aman con un amor fraterno que ninguna cosa perturba. Lo que les mantiene en esta paz, concordia y libertad es la privacion voluntaria de las vanas riquezas y placeres engañosos. No hay entre ellos mas preeminencia que la de los ancianos sabios, ó la de algunos jóvenes que igualan á los viejos consumados en prudencia y virtud. En aquel pais, amado de los dioses, nunca hacen oír su bárbara voz el engaño, la violencia, el perjurio, los pleitos y las guerras. Allí la tierra jamás se tiñó de sangre humana, y apenas se ha visto correr sino la de las reses. Cuando se les dá noticia de las sangrientas batallas, de las veloces conquistas, de las ruinas de estados que se ven en otras naciones, no pueden acabar de admirar-

se. ¿No son harto mortales los hombres, dicen asombrados, sin que se den pronta muerte unos á otros? Los pueblos de la Bética no comprenden cómo se admira tanto á los conquistadores que sojuzgan los grandes imperios. Consideran al conquistador como un instrumento de los dioses indignados contra el género humano, suscitado por ellos á fin de que, arrebatado del ciego ímpetu de su saña, estienda el espanto por todas partes, con el despecho y la miseria de los infelices reinos conquistados, esclavizados y destruidos. Esos grandes conquistadores que á nosotros se nos presentan con tanta gloria, son para ellos como rios que saliendo de madre anegan y asuelan las campiñas que debían regar y fertilizar.

»Los habitantes de la Bética no beben vino aunque tienen viñas en abundancia, porque le consideran el pervertidor de los hombres, y una especie de veneno que hace al ser racional frenético y lo trasforma en bruto. No conocen la poligamia: cada cual mantiene á su mujer mientras vive: la honra del marido depende de la fidelidad de la esposa, y la de esta de la fidelidad de aquel: entre ambos se reparten los cuidados, teniendo el hombre los de fuera de casa, y la mujer los de dentro. La templanza, la moderacion y puras costumbres les hacen gozar una vida dilatada.

»Como esta sabia nacion jamás ha usado de violencia, nadie desconfía de ella, y los pueblos vecinos la respetan por su virtud. Si alguno se entra por sus tierras, fácilmente se las ceden, porque dicen que mientras haya tierras libres no quieren defender las que ocupan contra quien las quiera señorear. No hay entre estos felices moradores ni orgullo, ni infidelidad, ni ansia de gobernar: de donde proviene el no tener que temer de sus vecinos, á quienes siempre dejan en paz. Antes de dejarse esclavizar abandonarían el pais, ó se dejarían matar. Es tan difícil sojuzgarlos, cuanto ellos están agenos de sojuzgar á otros, y en esto consiste que dure allí siempre la paz.»

Aun suponiendo que el griego Adamo solo haya existido en la mente de Fenelon, y que este cuadro de la vida patriarcal de los primitivos españoles del mediodia sea puramente novelesco en sus pormenores, como lo hacen sospechar ciertas reflexiones solo propias del genio francés de la época de Luis XIV bajo la impresion de inocentes utopias filosóficas; fuerza será convenir en que las alegorías de los poetas de la antigüedad abren ancho campo á estas y otras semejantes narraciones,

y que lo mismo que los geógrafos confirman esas alegorías por lo tocante á la naturaleza del clima, á la calidad de las producciones terrestres y marítimas y á la índole de los habitantes, las confirmarían los historiadores en cuanto á lo que de la vida pública y privada se puede colegir, si hubiera habido en aquellos remotos tiempos quien consignase sus hechos. Entonces veríamos quizá patente el fundamento que tuvo Homero para colocar en la antigua Bética el trono del justo Rhadamanto y el reino de Pluton, y justificadas las palabras de Hesiodo «Júpiter distinguió á estos moradores del resto del mundo: habitan los Campos Eliseos, tienen una vida feliz, y en su país reina una primavera continua que dá dulces manzanas tres veces al año.»

Hay que remontarse á una época anterior á la arribada de los Fenicios á las costas ibéricas para encontrar el modelo de la cultura que nos ocupa: porque no es la cultura de las maneras basada en la prosperidad del tráfico, de la riqueza metálica y de las artes, la que aquí se nos ofrece; sino la civilidad de los instintos resultado de la falta de necesidades y de la feliz ignorancia de lo que se llama industria y comercio. Y aquí la fábula, cuya caprichosa forma suele encerrar siempre algo de verdad, nos presta un auxiliar poderoso para nuestras averiguaciones. La fábula y la tradición, de que tanto desprecio han hecho algunos escritores, son la única brújula con que podemos aventurarnos á bogar en el oscuro mar de los tiempos antehistóricos.

Un descendiente de Noé, Tharsis ó Tubal, ú otro cualquiera, aportó en la tierra meridional de España cuando la dispersion de las gentes despues del diluvio, y allí señaló estancias en que moraron y quedaron muchos de los que consigo traía. Dió á esta region el nombre de *Bética*, voz caldea derivada de *Behin*, que significa *tierra fértil ó deleitosa*: «enseñó en ella costumbres fundadas en toda bondad y virtud, y cosas de gran sustancia, declarando principalmente á sus moradores los secretos de la naturaleza, los movimientos del cielo, las concordancias de la música, las excelencias y grandes provechos de la geometria con la mayor parte de la filosofía moral, haciéndoles reglas y leyes razonables en que viviesen, las cuales dejó señaladas en metros bien compuestos para que mas fácilmente las pudiesen retener (1).» ¿Qué inconve-

(1) Florian de Ocampo. *Crón. gen.*, cap. IV. Estrabon dice, hablando de los Turdetanos: *Hi omnium Hispanorum doctissimi judicantur, utunturque grammatica, et antiquitatis monumenta habent conscripta, ac poemata, et metris inclusas leges, à sex*